

Itinerarios investigativos en torno a la historiografía crítica
Comentario sobre la obra *Historiografía: Nueve trayectorias*

Aída Sofía Padilla Santa Cruz
Instituto Politécnico Nacional

Historiografía: Nueve trayectorias coordinado por José Ronzón, se trata de un libro rico y diverso en experiencias de investigación en el ámbito de la reflexión y el quehacer historiográfico. Estas experiencias van desde la teoría historiográfica hasta la problematización de objetos específicos de estudio; pero, no obstante, hay muchas líneas en común y son las que voy a resaltar en este comentario crítico. Mi comentario está pensado en tres niveles de lectura y análisis que a continuación expondré.

Nivel escriturístico

El primero se refiere al *nivel escriturístico* porque los nueve capítulos que componen el libro corresponden al género ensayístico. Como bien señala el coordinador de la obra, la elección del género del ensayo es por la propia intención que tiene el libro, cito: “Hacer una interpretación de nuestro propio quehacer intelectual y exponerlo por escrito” (p. 15). Y hacer una interpretación de este tipo implica asumir la propia voz escribiendo en primera persona. En este sentido, el ensayo permite una escritura mucho más personal, me atrevería a decir que honesta y genuina. Y por una escritura honesta me refiero a reconocer aquello que en la investigación seleccionamos u omitimos, los aciertos o desaciertos conceptuales, los cambios de ruta, los continuos cuestionamientos y poner en duda nuestras afirmaciones que implica muchas veces

detenerse o “retroceder”. En sí, reconocer el proceso y la experiencia del quehacer investigativo.

El gran reto de este género es “mantener el tono académico, sin caer en la anécdota, la complacencia, la sobrevaloración o la crítica excesiva” (p. 17). Resulta fundamental resaltar en este nivel que el ensayo es un acierto por la introspección escriturística que posibilita y que, en términos historiográficos, podemos plantearlo como un ejercicio de autoobservación. Precisamente, a lo que se aboca la historiografía es al estudio de las operaciones que implican su proceder en una constante “observación de observaciones”. Observar y autoobservarse significa que el observador necesita observarse a sí mismo en la propia operación de observación. Aquí está, me parece, uno de los grandes aportes del libro.

El ensayo es, pues, el medio escriturístico para plasmar esta observación de segundo grado a través de la cual opera la historiografía. Los ensayos relatan cómo proceden las autoras y autores del libro cuando investigan, leen o escriben; cómo se asumen en su propia historicidad, desde qué horizontes enuncian y producen, qué significa mirar sus objetos de una manera y no de otra. El trabajo de interpretación en los nueve ensayos se hace de manera activa en un doble sentido: ejecutando la interpretación historiográfica desde la trayectoria de conocimiento y visualizando el futuro de la historiografía crítica.

Nivel enunciativo

Observar y autoobservarse también es saberse parte de una comunidad disciplinaria e institucional desde la cual se investiga, enuncia y produce. En este sentido, el segundo nivel que quiero destacar es el *nivel*

enunciativo: el Posgrado en Historiografía de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco como horizonte de enunciación particular. Un posgrado único en su tipo en México que constituye un espacio de investigación y reflexión dedicado a la disciplina historiográfica “con una perspectiva multidisciplinaria y una base teórica crítica y reflexiva que permita reconocer y analizar los procesos de significación sobre el pasado desde diversos presentes” (Posgrado en Historiografía, s.f.). Se trata de un espacio abierto al diálogo y a recibir diversos temas y proyectos de investigación provenientes de otras disciplinas pero que la historiografía puede enriquecer.

Desde el giro historiográfico se ha hecho hincapié en que los estudios históricos son una reconstrucción que se lleva a cabo desde el horizonte de enunciación del autor y no sólo desde los hechos mismos o su contexto. Esta toma de conciencia es fundamental al momento de narrar, donde el sujeto-autor interviene activamente reconociendo su entorno, sus alcances y propósitos que lo orientan, los principios o reglas que regulan la investigación, así como las condiciones de posibilidad de la interpretación.

Las propias autoras y autores de este libro reconocen en la narración y reflexión de su trayectoria investigativa, los insumos epistémicos, así como las herramientas teóricas y heurísticas que el campo de trabajo del Posgrado les brindó para pensar, problematizar y explicar sus objetos de estudio. A su vez, estas trayectorias han permitido definir el propio campo y quehacer del Posgrado en Historiografía.

De la definición del campo y espacio de trabajo, surge la gran línea a la que el posgrado se ha dedicado: la historiografía crítica. Es esta perspectiva la que guía el análisis y el quehacer de cada autora/autor.

Las nueve trayectorias están forjadas por la historiografía crítica en tanto insumo cognitivo para comprender y explicar el pasado desde los múltiples presentes.

Nivel historiográfico

La historiografía crítica constituye el tercer nivel de análisis y en el que profundizaré aquí dado que es la parte más rica y compleja del libro. Las preguntas, ¿qué es la historiografía crítica?, ¿qué distingue a la historiografía crítica de la historiografía tradicional?, ¿qué implica observar lo que otros observaron en otro momento?, ¿qué aporta la historiografía a la investigación que hace el historiador?, son formuladas y respondidas por las mismas autoras y autores desde sus propias experiencias y objetos de estudio. No sobra decir que la historiografía crítica pretende ir mucho más allá de la acepción tradicional como un campo que se ciñe a la escritura de la historia o la historia de la disciplina. Desde luego, no hay una definición precisa con límites definitivos. Intentar delimitarla iría en contra de su propio cometido crítico. Sin embargo, en términos muy generales la historiografía crítica se dedica a la problematización del conocimiento sobre el pasado: su historicidad, sus huellas y registros, su forma de operar, su potencial significativo, sus espacios de enunciación y sus condiciones de posibilidad.

Este es uno de los problemas planteados en el primer ensayo del libro, “Reflexiones en torno a la (re)presentación de pasados ausentes”, a mano de Silvia Pappe: la necesidad de un constante cuestionamiento del conocimiento sobre el pasado. Conocida por sus aportes al campo teórico de la historiografía, la Doctora Pappe ha dedicado su labor y práctica de investigación a cuestionar y poner en duda las bases del conocimiento histórico. Reconociendo su propia posición y

experiencia, asume que la práctica del cuestionamiento proyecta trayectorias poco claras y definidas.

La autora comprende la historiografía como un campo movedizo, sin conceptos o herramientas fijas. Esto es así porque el campo teórico tiene su propia historicidad y, por tanto, cambia y se resignifica desde los presentes en los que se realiza. La historicidad no es sólo una de las bases que organiza el quehacer de la historiografía crítica, sino que es su objeto de estudio. Uno de los problemas en los que ha trabajado Silvia Pappe es cómo la noción de inestabilidad marca la historicidad del campo teórico de la historiografía y, al mismo tiempo, cómo la historicidad plantea continuos cuestionamientos. El gran reto es representar un campo tan inestable pero que, pese a ello, la historiografía crítica ofrece múltiples posibilidades.

Voy a nombrar algunas de estas posibilidades. Una de ellas es poder pensar, particularmente, el problema de la temporalidad en otros campos disciplinares. Las propias trayectorias interdisciplinarias de las y los autores muestran las múltiples posibilidades que ofrece la historiografía en la literatura, como es el caso de la experiencia práctica de Christian Sperling en el análisis de la temporalidad que se configura en textos narrativos, o el registro de experiencia interdisciplinar que hace Margarita Olvera al emplear la historiografía crítica como insumo para investigar el pasado de la sociología.

En su ensayo “¿Qué implica analizar concreciones literarias de la temporalidad desde la perspectiva historiográfica?”, Sperling identifica las diversas temporalidades presentes en la narrativa literaria observando los principios dominantes de una época. Estas temporalidades pueden ir desde lo no realizado en el pasado hasta las promesas futuras incumplidas o las insatisfacciones del presente. La

temporalidad de una obra es inseparable de los principios ideológicos o socioculturales dominantes que rigen y orientan un horizonte determinado y que, a su vez, configuran el régimen de historicidad.¹ Por ejemplo, el régimen moderno de historicidad está caracterizado por la aceleración del tiempo y por el rol principal del futuro mediante el principio de progreso. En términos del modelo koselleckiano, el horizonte de expectativa prima sobre el espacio de experiencia. Y esto impacta en la narrativa literaria. Los personajes se enfrentan a una posibilidad que en el mundo rural y tradicional no existía: la posibilidad de elegir y de transformar. La modernidad, al mismo tiempo, se muestra desconcertante generando una profunda crisis identitaria en los sujetos con síntomas de confusión, o bien, de desilusión y fracaso. Son las tensiones propias de la temporalidad.

En nuestro horizonte, la experiencia con la temporalidad ha cambiado. El futuro como tiempo histórico dominante de la modernidad queda desplazado por el presente. Diagnósticos como “presentismo” (Hartog, 2007), “presente lento” (Gumbrecht, 2010) o “actualismo” (Pereira y Lopes de Araujo, 2017) adquieren un papel predominante en la narrativa contemporánea. En todo caso, se trata de un régimen desprovisto de pasado y sobre todo de futuro que, por un lado, genera un culto a la memoria y un tiempo embargado por la nostalgia (Todorov, 2000) y, por el otro, arroja un tiempo desorientado caracterizado por la incertidumbre. Si bien la temporalidad que imponen los regímenes temporales articula nuestras experiencias – aclara el autor–, las temporalidades de la literatura remiten a lo abierto

¹ Para Hartog (2013), un régimen de historicidad es la expresión de un orden dominante del tiempo y una manera de ordenar las experiencias del tiempo, de articular pasado, presente y futuro, así como darles sentido.

y lo existencial. Es así como en la narrativa aparecen experiencias que se resisten a integrarse a formas dominantes del tiempo e incluso trascienden regímenes de historicidad, configurando otras experiencias de temporalidad.

Frente al carácter singular que se le ha otorgado al tiempo, la historiografía permite analizar la multiplicidad de capas temporales que se entrelazan, tal como lo hace Sperling en la literatura al identificar desde el tiempo vacío, progresivo y lineal hasta el estancamiento o aceleración de nuestra época, el tiempo fugaz e inmediato o el tiempo imaginario y nostálgico. El ensayo de Olvera, “De la sociología a la historiografía. Los aportes de un proceso de hibridación intelectual”, también reconoce la historiografía como insumo cognitivo para comprender la multiplicidad de tiempos históricos en el pasado de la sociología que denota su complejidad temporal más allá de un mero “devenir disciplinar”.

Los registros escritos sobre la historia de la sociología en México son narraciones realizadas desde diversos presentes que dan cuenta de mundos pasados, así como expectativas y proyectos futuros que enlazan presente, pasado y futuro. Una de las consecuencias cognitivas más importantes para la autora fue el reconocimiento de que dicha multiplicidad de tiempos históricos se entrecruza, además, con los distintos pasados-presentes-futuros a los que ha estado y está adscrita, tanto en el mundo vital como en el mundo de la observación. En sí, la comprensión de la historia de la sociología dentro de un tejido de temporalidades múltiples y distintos presentes que incluye las coordenadas del presente del observador.

El problema de la temporalidad se complejiza con la transmisión, recepción, rememoración e, incluso, olvido de los

registros, o a lo que Gadamer (1999) se refiere como historia efectual. Tarea de la conciencia histórico-efectual es tanto el reconocimiento de la historicidad como la fusión de los horizontes temporales que dialogan. Lo anterior indica que los horizontes históricos y presentes no están separados ni son, de ninguna manera, cerrados; esta apertura es justamente lo que posibilita la comprensión. La hermenéutica gadameriana y, en particular la noción de encuentro de horizontes, le permitió a la autora entrecruzar dos acervos de conocimiento disciplinar (la sociología y la historiografía) para abrir órdenes de reflexión y observación con preguntas nuevas que, a su vez, implicó una autocomprensión densa del pasado. Este encuentro tuvo –dice Olvera– “el estudio del desarrollo de la historiografía como una zona cognitiva plural, interdisciplinaria y abierta que operó como un mapa orientador que me permitió ubicar sus posibilidades teóricas y conceptuales” (p. 102). El recorrido y desplazamiento disciplinar entre la sociología y la historiografía, haciendo una historiografía de la sociología en México, es lo que reconoce como un proceso de *hibridación intelectual* o cognitiva.

El cruce de trayectorias investigativas nos permite problematizar también el propio carácter transdisciplinario de la historiografía, no sólo en lo que respecta al campo temático o las distintas ramificaciones social, cultural, política, económica; sino a los cuestionamientos y reflexiones que emergen justamente de la historicidad del observador mismo, del conocimiento sobre el pasado, así como de los fenómenos históricos. Tal como destaca el ensayo de Jorge Alberto Rivero, las reflexiones y prácticas inter, multi y transdisciplinarias le han dado mayor amplitud al quehacer historiográfico y han permitido valorar nuevos relatos y narrativas en la historia. Precisamente, el ya citado Posgrado en Historiografía ha

incursionado de manera multidimensional e incluyente en diversos problemas que trascienden los espacios regional-nacional, los sujetos y las fuentes tradicionales explorando los contextos y herramientas cambiantes como son las tecnologías digitales, en las que la propia investigación se circunscribe. A esto se refiere el autor cuando describe la historiografía como una disciplina abierta, activa y en permanente movimiento.

Sabemos que el historiador *trabaja* con el tiempo pues es su principal herramienta, pero el historiógrafo desde una perspectiva crítica, además, *piensa* el tiempo. Esto queda evidenciado en las nueve trayectorias cuando reflexionan sobre la multiplicidad de temporalidades y sus experiencias que se entrelazan en los distintos pasados-presentes-futuros, así como las múltiples memorias, relatos y discursos en constante debate; o cuando asumen la distancia temporal entre horizontes de lectura y, fuertemente influenciada por la hermenéutica gadameriana, sobre el desplazamiento, fusión o desencuentro de horizontes de observación y enunciación.

El potencial crítico y abierto de la historicidad permite pensar a las y los autores en las herramientas con las que trabajan, así como las fuentes y sus implicaciones procedimentales y conceptuales. La historia conceptual se convierte en esta obra en el principal insumo heurístico para la conceptualización de los objetos, sujetos y significados sobre el pasado. Sobre todo, su potencial estriba en la fijación lingüística de las experiencias históricas. He aquí la relación entre la historia conceptual y la historia factual (Koselleck, 2012). A partir de los conceptos es que se puede narrar la historia: sin conceptos no hay experiencia y sin experiencia no hay conceptos.

La conceptualización que hace José Ronzón del Caribe da cuenta de lo anterior. La narración comienza con la llegada de Cristóbal Colón, pasando por el periodo de la dominación de las coronas europeas, la esclavitud muy vinculada a la plantación del azúcar, sus conexiones comerciales con el mundo, las culturas originarias, las rutas de comunicación, sus movimientos sociales así como las migraciones, transmigraciones y diásporas. Estos procesos y experiencias históricas trascienden el mero espacio geográfico que, bajo una perspectiva conceptual amplia, surgen denominaciones como Gran Caribe o Circuncaribe. La conceptualización amplia le ha permitido al autor y a la historiografía caribeña en general, trabajar la región con grandes alcances e incidencias en procesos continentales, mundiales y globales.

El Caribe es, además, cambiante en el tiempo. Se puede hablar de una región en la época imperialista y de otra distinta en su etapa de integración. Los procesos históricos reconstruyen y deconstruyen los espacios, marcan rupturas y continuidades en su evolución, revelando una región movable y no estática. Los conceptos, pues, tienen su historicidad. Tal como señala Koselleck (2012), la historia de los conceptos se ocupa de las transformaciones dentro de las estructuras repetitivas que contienen distintas velocidades de transformación. La conceptualización del Caribe, desde luego, va a depender del horizonte de enunciación y de los objetivos que cada estudio determine.

Por su parte, el ensayo de Martha Ortega sobre los territorios fronterizos en los imperios ruso y español, conceptualiza el término imperio en las sociedades preindustriales denominándolo *imperio tradicional*. Una de las características fundamentales de los imperios tradicionales es la expansión y ocupación territorial. La expansión de los imperios es analizada desde una posición inclusiva, pues los pueblos se

influyen mutuamente. Más allá del ejercicio del poder, implica encuentros y desencuentros, intercambios, alteraciones, imposiciones y adaptaciones culturales. Es así como el fenómeno de la expansión está relacionado con otros conceptos como cultura, intercambio cultural, colonización, inculturación y transculturación.

Otro concepto importante en la trayectoria investigativa de la autora es el de fronteras imperiales. Estas fronteras, alejadas de los centros de poder debido a la extensión territorial, no trazaban línea alguna; por el contrario, eran fronteras fluctuantes y abiertas en función de los territorios y pueblos que el gobierno imperial mantenía bajo su control.² Se trataba de fronteras culturales y no de fronteras políticas definidas en el sentido moderno del Estado nación. Ambas fronteras entrarían en conflicto para el siglo XIX. Precisamente, lo que indica que un término se convierta en concepto es la pugna por él y por el monopolio de su significado.

El desplazamiento conceptual es planteado en el itinerario historiográfico que relata Leonardo Martínez para problematizar el *sujeto letrado*, pasando de un sujeto empírico a un sujeto concepto. La preeminencia del sujeto “distinguido” o “prominente” en el relato histórico es desplazado por la categoría de sujeto letrado como concepto, que posibilita la observación e interpretación de una experiencia histórica circunscrita en el tiempo y en el espacio. Esta experiencia, bajo la teoría weberiana, es *asociativa* en el sentido que tuvo lugar en espacios colectivos normados por un *ethos* parlamentario y pedagógico; y está vinculada, además, al Estado nacional ya sea de forma simbólica o de modo institucional.

² Los imperios modernos, a diferencia, intentaban transformar la cultura de sus dominados para integrarlos a la propia.

El *ethos* del sujeto letrado no sólo se caracteriza por intervenir en la disputa por la constitucionalidad política del país; el autor presta especial atención al papel que tiene en la memoria, la cultura, los imaginarios y representaciones sociales en tanto forjador de los “registros de la memoria, la escritura de la historia, los mitos de fundación, las fábulas de pertenencia, las creencias y los valores de la legitimidad del orden establecido” (p. 183). Asimismo, y como parte de una vinculación asociativa, están las complejas redes de sociabilidad que se orientan por principios no racionales como son los lazos, los convenios, las lealtades, las redes familiares o círculos de amistad.

Las coordenadas tanto de tiempo como de espacio son fundamentales en estos derroteros historiográficos en la medida que ordenan y sitúan las acciones y experiencias humanas. El espacio, mucho menos discutido y problematizado que el tiempo por los historiadores, es un problema central que ocupa las trayectorias y los ensayos ya citados de Ronzón sobre el Caribe y de Ortega sobre los imperios ruso y español. Ambos autores coinciden en la problemática delimitación de fronteras en función de criterios exclusivamente geográficos y políticos, y por ello insisten en la importancia de la transversalidad que incluya otros criterios de orden social, cultural, identitario o comercial. Advierte Ronzón en su ensayo que “las fronteras son móviles, son líneas divisorias porosas, pueden estar fijas en términos territoriales e incluso custodiadas, pero el comportamiento humano (consciente o inconsciente) las transita, las rompe o simplemente no las reconoce” (p. 293).

En este sentido, la historiografía crítica no sólo trata de una observación y una reflexión abstracta sino de una historiografía *situada*. Situar la historia, ya decíamos, en coordenadas de tiempo y espacio pero,

sobre todo, como mencioné al inicio: situar la propia labor del historiador y los operadores que utilizamos al escribir, leer, observar. Es lo que Norma Durán hace en su ensayo “La historiografía como una experiencia de lectura”, al reflexionar sobre su lectura de la obra *El espejo de Heródoto* de Hartog y su esfuerzo por situarla con los operadores que el historiador francés usa para leer a Heródoto. Una de las operaciones que usa es convertir el libro de historia en un “documento”. Y tratarlo como tal implica preguntarle cómo funcionan los relatos acerca del pasado, tomando distancia del presente. Una “mirada distanciada” plantea nuevas preguntas al presente, tal como lo hace Hartog cuando va a la Grecia antigua, para así comprenderlo mejor. Ya lo decía De Certeau (2006), la operación histórica consiste en dividir un dato desde el presente que se distingue de su “otro” pasado.

El texto histórico es el único medio para acceder a una realidad pasada que ya no existe. Es así como la historiografía no sólo es situada, sino *mediada*. Al texto hay que leerlo como medio. De aquí que, para Hartog, hacer historiografía sea una *experiencia de lectura* y, si recurrimos a De Certeau, una *práctica de lectura*. Hartog sugiere permanecer en el texto y “no salir” apresuradamente de él; lo cual no indica que no salgamos del texto para referirnos al contexto. Justamente otro de los operadores que utiliza es la enunciación. Es decir, quién es el que habla o escribe y desde qué lugar social.

Durán hace un análisis de tercer grado —usando las propias palabras de la autora— al realizar un análisis historiográfico sobre un libro. Esto me hizo repensar en mi propia “experiencia de lectura” al leer *Historiografía: Nueve trayectorias*, ya no como análisis de cuarto grado (porque la interpretación se vuelve infinita); sino como parte de un *círculo hermenéutico* que implica una comprensión activa y abierta, guiada

por el reconocimiento de expectativas, prejuicios, tradiciones y condiciones históricas, en sí, de la historicidad. A este respecto y retomando el ensayo de Sperling, la lectura puede actualizar el sentido de una obra mediante una operación que abre nuevos horizontes. Esto nos reemite nuevamente a la historia efectual: a la comprensión y (re)interpretación del documento en distintos momentos del tiempo. Así, la lectura y sus distintos operadores no sólo introducen al enunciador sino también al destinatario o receptor que, de igual forma, tiene un lugar social.

A manera de cierre

Cierro este comentario con un par de aprendizajes, entre muchísimos más, que en mi experiencia dejó la lectura de *Historiografía: Nueve trayectorias*. Uno de ellos es la importancia que tiene en la investigación reconocer aquello que omitimos y dejamos fuera. Muchas veces excluimos el proceso de investigación (lo no visible) que, al igual, que lo que incluimos, es decir, lo visible, nos llevan a ciertos resultados. Esto se debe, posiblemente, a que seguimos pensando el proceso y la práctica investigativa en términos meramente lineales y progresivos. Y así lo queremos representar y escribir. Las nueve trayectorias de este libro reflexionan sobre su quehacer y la importancia que tienen los cambios de ruta, las omisiones, los vacíos y las ausencias, las experiencias personales-profesionales, los desplazamientos disciplinares, las carencias teórico-metodológicas. Porque así se construye el relato historiográfico, de esta forma narramos: seleccionamos, llenamos vacíos y en esa selección dejamos de lado muchas cosas. Y el proceso de selección-exclusión en la investigación depende de la intención, posición y el lugar de enunciación del observador. Como señala Silvia

Pappe en su ensayo: “Al no ser posible una historia total, los procesos de selección y priorización dejan ausencias” (p. 27).

Son estas ausencias, no sólo en el procedimiento de investigación, sino en los discursos históricos sobre el pasado, la “historia práctica”, las que generan hoy tensiones y conflictos en las memorias olvidadas. Como da cuenta este ensayo y el de Francisco Ramírez, un desafío reciente es comprender y situar estas batallas por la memoria como procesos inestables pero, sobre todo, representar esas ausencias que habían sido invisibles. Y aquí entra la importancia de la historiografía crítica en tanto que el pasado hoy está en disputa. Lo que observamos actualmente es la incompatibilidad entre la verdad de las memorias e identidades específicas, la verdad pública y la “verdad histórica”. El problema, como agudamente detecta Pappe, es que hay un desfase entre la historia práctica que exige respuestas inmediatas y una teoría que requiere reconceptualizar, reorientar y resignificar. Sin embargo, la labor de la historiografía crítica que es distinta a la labor de justicia y reparación, consiste en reconocer las verdades en plural, los distintos usos del pasado y la inestabilidad de la narrativa histórica dada su historicidad.

Las nueve trayectorias del libro tampoco descartan los conocimientos previos que son fundamentales en la experiencia investigativa para la generación de conocimientos nuevos e indispensables también para la resignificación del pasado. Aludiendo a la interpretación gadameriana, la precomprensión es una condición hermenéutica, pues la tarea hermenéutica no es en sí misma la comprensión sino revelar las circunstancias bajo las cuales se comprende (Gadamer, 1999). Señala Gadamer (1999) que “la interpretación empieza siempre con conceptos previos que tendrán que

ser sustituidos progresivamente por otros más adecuados” (p. 333). El reconocimiento de prejuicios y conceptos previos sólo es posible mediante la distancia en el tiempo (la “mirada distanciada” de Hartog). A esto apunta la idea de *trayectoria*: pensar la propia historicidad en el camino recorrido de la investigación bajo el ejercicio de la autocomprensión en el presente. Asumir una trayectoria de conocimiento implica “presentarse en su alteridad” y confrontarse constantemente con aquello que nos interpela.

Este par de observaciones me parecen cruciales de rescatar de dichas trayectorias académicas y de estos ensayos escritos con rigor académico, especialmente para los investigadores e investigadoras jóvenes o en proceso de consolidar una trayectoria en el campo de las humanidades y la historiografía.

Bibliografía

- De Certeau, M. (2006). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana.
- Gadamer, H. G. (1999). *Verdad y método*. Sígueme.
- Gumbrecht, H. U. (2010). *Lento presente: sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Escolar y Mayo.
- Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*. Universidad Iberoamericana.
- Hartog, F. (2013). El régimen moderno de historicidad puesto a prueba con las dos guerras mundiales en M. I. Mudrovcic y N. Rabotnikof (Coords.), *En busca del pasado perdido: temporalidad, historia y memoria* (pp. 51-65). Siglo XXI; UNAM.
- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Trotta.
- Pereira, M. H. y Lopes de Araujo, V. (2017). Actualismo y presente amplio: breve análisis de las temporalidades contemporáneas. *Desacatos*, 55, 12-27. <https://doi.org/10.29340/55.1801>
- Posgrado en Historiografía (s. f.). *Plan de estudios*. Consultado el 15 de enero de 2025. http://posgradocsh.azc.uam.mx/Plan_estudios/Plan_de_estudios_PHG-Sesion%20Colegio_Academico463.pdf
- Ronzón, J. (2023). *Historiografía: Nueve trayectorias*. UAM-Azcapotzalco.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidós.